

TIERRA ADENTRO DE VENEZUELA

Entre los muchos pueblos y regiones de Venezuela que me ha tocado recorrer, ninguno tal vez ha causado en mí tan honda impresión como cierto pueblo que, hace algunos meses, tuve la suerte de conocer y estudiar durante tres días y cuyo nombre mejor es dejarlo en silencio.

Pueblo-símbolo, lo llamaría. Porque si bien es cierto que su miseria es extrema y hondo su desamparo, es el hecho que, como ése, ¡hay tantos otros en Venezuela!

Describir brevemente su situación social, económica y religiosa, creo será de interés para todo venezolano que se precie de tal. No perdonaré, por ello, el trazo realista, hasta repugnante, que ojalá se clave en carne viva y subleve y despierte el sentimiento humano de tantos, para quienes Venezuela son las vistosas urbanizaciones caraqueñas y quienes desconocen, disimulan u olvidan la sorda tragedia de los pueblos irredentos del Interior.

Sobra decir que sólo este propósito venezolanista, y no una estéril manía vejatoria, inspiró estas líneas.

Dos hileras de chozas

¿El pueblo? Dos hileras de chozas, una amplia calle, conucos, sol y pobreza

Rodeado de ríos y enclavado en el corazón de la selva, en un Estado del Occidente de Venezuela, sus moradores se mantienen encerrados en un relativo aislamiento espiritual, viviendo de recuerdos ancestrales, repasando sus mitos y supersticiones, sobre la yerma inclemencia de un suelo barrido por chorros de luz tropical.

Dieron origen al pueblo un grupo de negros trabajadores, antiguos esclavos de una hacienda, los cuales, al ser libertados, corrieron a encastillarse en el hermético cerco de aquella lengua de tierra. Como postrer legajo de sus amos de antaño, ostentan todos ellos sonoros apellidos de genuino cuño castellano, pocos en número, pero barajados profusamente, ya que a casi todos ellos unen lazos de parentesco: Rodríguez, Castillo, Guzmán, Ortega, Torres, Osorio, Villarreal, Mejías, Vázquez...

Cristianos por instinto, nunca habían visto arribar a sus tierras a un sacerdote católico; nunca en aquel llano de bosque se habían celebrado los sagrados misterios.

Quiso mi buena estrella que el celo religioso de una familia católica allanara el camino. La misión quedó concertada: durante tres días me sería dado llevar a aquellos abandonados moradores el consuelo del espíritu.

Llegó el día anunciado. Al poner el pie en la barca, sobre la ondulante superficie del río, divisó, en la colina fronterá, negros racimos de muchachos que cuelgan de las rocas y el pueblo que fluye y se agolpa. Más allá, en el fondo, rústicamente fastuoso, un arco de triunfo, con su "Bienvenido".

Todo está preparado. Guirnaldas de flores cruzan la calle. En una semana ha surgido una capillita, trezada de palmas y flores. En ella se han dado cita las imágenes todas del pueblo: el gran Poder de Dios, san Antonio, y una antiquísima imagen colonial de la Virgen, de indiscutible mérito artístico. Un visible alborozo invade a la población. Escoltao de vivaracha chiquillería, me doy a recorrer el pueblo, choza por choza.

Al filo de un sol canicular, el pueblo se despereza. Son las diez de la mañana. La situación es bella, casi artística, si en vez de estas terrosas paredes y de estos techos pajizos, irguieran las casas su blanca fachada y el rojo color de puleros tejados. Si en vez de humo y miseria, circulara el oxígeno y el toque festivo de la vida!

Situación económico-social

¿De qué vive esta gente? Es la primera, penosa interrogación que espontáneamente se formula el viajero. La respuesta está allí, a pocos metros: el pobre, flácido conuco.

He hablado antes de pobreza; no! debo corregirme: miseria, abandono, toda la desidia secular de Africa, arrebujada y scsteando sobre la tibia superficie del suelo!

Nadie sabe allí lo que significa forzar la tierra, abonarla y cultivarla inteligentemente; allí no se palpa el sano esfuerzo del brazo humano, en su afán

por domeñar la naturaleza. No! Lo que la tierra dé buenamente, al desgáire. Eso se siembra; eso se recoge; y eso se da para matar el hambre de los hijos.

Cambures y maíz: lo demás es un lujo.

¿Cómo podría surgir así una raza fuerte?

Los efectos de esta dietética no tardan en dejarse sentir. Por todas partes nos asalta el espectro de la desnutrición. De los ángulos, oscuros y malolientes, de las chozas, se van escurrendo timidamente niños escuálidos y abotagados.

Aquellas chozas! Entrar en ellas, permanecer en ellas un rato, produce ahogo. Estrechas, sin ventanas, impregnadas de humo y miseria, constituyen el hogar que alberga a la familia y la herencia que se lega.

Desnutrición, calidad de la vivienda, absoluta ausencia de hábitos higiénicos, desembocan fatídicamente en un cúmulo de enfermedades.

Y qué enfermedades! La proporción es alarmante. Apenas hay habitante sano. Desde las escoriaciones de la piel, imposibles de disimular, hasta la lepra y la demencia.

La lepra, con su hosco cuadro clínico de miembros putrefactos, de rostros deformados, se esconde terrífica, bajo el techo pajizo de aquellas chozas. Y allí, en el interior, alrededor del leproso, niños que crecen y jóvenes que se abren a la vida.

Sí; aquella pobre vieja, sentada sobre un mísero catre, hace ya tiempo que perdió la mano izquierda; la derecha es un informe muñón. Los pies se le desgajaron también hace tiempo, mientras ella contempla, empapada en resignación fatalista, el éxodo lento de su propia existencia. El dolor la ha domado: ni una palabra de protesta profieren sus labios.

Y es esa otra joven —quince años apenas!— presa de temblor convulsivo y afásica. Y el epiléptico de más allá. Y el abultado vientre de los niños que comen tierra y beben la turbia agua del río.

Hablar de médico y medicinas en aquel pueblo, no tendría sentido. Las únicas medicinas que por allí corren y se conocen son: manteca para las heridas, hojas para la lepra, ensalmos.

Ni falta la cirugía de urgencia. Una decidida mujer, cuando así lo juzga conveniente, no retrocede ante la alternativa de amputar miembros enteros. ¿Resultados? Recuerdo haber encontrado a un joven, de unos dieciseis años, inmobilizado hacía dos meses sobre un duro camastro, a consecuencias de una de estas intervenciones. La herida se le infestó horriblemente. Ahora, con implacable monotonía, la vida va desgranando sus horas ante la quietud resignada de sus ojos brillantes.

Aunque es una de las regiones más palúdicas de Venezuela, no parece hacer mella esta enfermedad en aquellos cuerpos, ocupados de antemano por otras dolencias de más categoría.

Sobre este fondo de miseria física, se proyecta el cuadro de miseria espiritual. Sí; del psiquismo de aquellos moradores, se ha adueñado la fatídica desidia, el pesimismo, el complejo de su íntima inferioridad, que llevan cosido a los huesos inútil buscar ansias de superación, deseos de horizontes culturales. Su psiquismo yace acantonado entre las dos hileras de escuálidas chozas. Viven al día. Abundante licor los domingos, baile al son de la tambora, juegos primitivos: eso es todo!

Música y poesía.

Traté de hurgar en su psiquismo. Bajo el plúmbeo sopor de la superficie, encontré, con no pequeña satisfacción, ricas fibras de sensibilidad. Sienten la música, para la cual poseen fino oído, y albergan su dosis de sentido religioso.

Naturalmente, que se trata de una emoción estética en bruto y de una religiosidad mezclada de absurdas supersticiones.

De las canciones autóctonas que pude escuchar, voy a transcribir tres por considerarlas las más características.

Es la primera una "copla" (como ellos la llaman) de gesta heroica. Relata la cacería de una caimana, en aguas del río Yaracuy. Copla que entonan al son de la tambora y la guitarra.

"El dieclocho lunes,
A las seis de la mañana,
En el río Yaracuy,
Mataron una caimana.
Arriba los tres Guzmanes,
Que la fueron a matar,
Con su escopeta morocha,
Y su ritmo tropical!
Ramón Sánchez, por su vida,

Iba teniendo un fracaso;
El caimán lo iba a morder,
Cuando le tiró el hachazo"

El ritmo musical de esta copla, se acomoda perfectamente al tema: narrativo, en un principio, brillante al describir "la escopeta morocha y el ritmo tropical", se torna de pronto conflictivo, amenazante, para culminar luego en acordes triunfales.

La segunda serie de coplas, sumamente primitivas y pedestres, se desarrollan sobre un ritmo vertiginoso y monótono, como el corte mismo de los versos; se trata en ellos de escenas de realismo vulgar y pueblerino; entre los epítetos figuran algunos que por su rotunda vulgaridad nos hemos visto obligados a sustituir por dos XX:

Compadre: amarre su chiva,
que se la voy a matar;
Y después que se la mate,
No venga con XX.

"Pero compadre, compadre,
No sea temerario, compadre.
Mi chiva no estaba, compadre,
En el vecindario".

Yo tenía mi conuco
Todo sembrado de maíz;
Y una mardita chiva
Se comió hasta la raíz.

"Compadre, compadre,
No sea tan XX,
Mi chiva no estaba, compadre,
En la orilla del río".

Yo tenía mi conuco
Todo sembrado de arroz;
Y una mardita chiva
Todo se lo comió..

Yo tenía mi conuco
Todo sembrado de frejol,
Y una mardita chiva,
Se comió hasta la flor.

"Pero compadre, compadre,
No sea tan maluco,
Que mi chiva, compadre,
No estaba en su conuco".

Si algo de mérito artístico hay en la música de estas coplas, es el contraste rítmico en el dialogismo.

No pude comprobar si la tercera copla, que a continuación copio, es en realidad plenamente autóctona, aunque ellos así lo aseguraban. Es de tema amoroso. La música, cadenciosa y nostálgica, resume todo el dolor del alma del negro

perdido en la selva. La transcribo tal como ellos la cantan:

"Para mí terminó la alegría,
Arrancaste de mi pecho la carma
Yo me encuentra en el fondo de tu
arma
suspirando una nueva ilusión.

Jovencita, yo soy pelegrino
soy lejar (juglar?) de lejano país;
Y he venido hasta aquí es para amarte,
Como otro no te amaré a tí.

Para mí terminó la alegría.
Se me están decorando las penas
Y o son flores mi dulce cadena,
Con tu brazo querida mujer".

Sobra decir que esta última copla supera en sentimiento, delicadeza y forma a todas las anteriores. Es la más valiosa de las que pude apreciar de su repertorio.

Al lado de estas composiciones "su- yas", figuran otras muchas importadas de fuera. Un guitarrista, venido de lejos, se encarga de llevarles los domin- dos la última palabra de la música bai- lable; congas, ritmos afro-cubanos, etc. Caso notable: podrá en aquel pueblo no haber escuela y podrán ser todos igno- rantes; pero todos sin excepción, desde los más pequeños, cantan y danzan al son de esta música, de infima calidad con dejos y acentos de selva africana. Y a fé que aun los niños lo ejecutan con garbo y maestría.

Supersticiones.

Albergados en el corazón de la selva, es natural que su espíritu sencillo, sin el abigarrado mecanismo de la psique moderna, ofrezca especial sensibilidad al motivo religioso.

Esos negros, sin sacerdotes, sin capi- lla, sin instrucción, mantienen viva la llama de su fé religiosa. Profesán un cul- to espontáneo y sincero a la Virgen, cu- ya imagen se ve en las chozas, bajo la advocación principalmente de la Virgen del Carmen. Sienten gran veneración por las cosas religiosas: agua bendita, cru- ces, etc. Ellos mismos se encargan de bautizar a sus hijos o los llevan lejos para que "les echen el agua sagrada". Naturalmente, que del sacramento del matrimonio no hay que hablar en aquel pueblo: sería un lujo inaudito.

Junto a este fondo de religiosidad ins- tintiva, ¡cuánta superstición!

¡Cuánto resto de antiguas creencias

ancestrales: Es natural. A ello contribuye no poco el "misterio de la selva". Pueblo sin luz eléctrica, casi sin comunicaciones, rodeado de ríos, a la caída de la tarde se enfrenta al misterio profundo del bosque. Es la hora de la imaginación desatada, de las sutiles transformaciones de la realidad circundante. En fuerza de su brillante alquimia mental, todo se puebla de mito: el murmullo del agua lejana, la brisa que silba en el bosque, haciendo estremecer el remaje, el ave que entona su fatídico "ujú". Es la hora en que se abren las tumbas, y lividos seres, bañados en reflejos de luna, deambulan sigilosamente sobre las frías losas. Todo queda transido de simbolismo!!

Apenas llegué al pueblo, una comisión de los más importantes y representativos me rodearon para formularme una petición. Se trataba de algo que en su concepto tenía suma importancia, casi el principal objeto de mi actuación: "Padre, le pedimos en nombre del pueblo que, cuanto antes, bendiga el cementerio" ¿? "Padre. Ud. comprenderá.. aquí, en este pueblo.. la gente muere sin sacramento y de noche hay tanta ánima en pena!" Creían firmemente que la bendición sacerdotal trocaría aquel rincón de semillas torturadas, en auténtico "campo-santo".

Y ¿qué decir de aquel ingente samán que se levanta, allá, al lado del camino y de aquella otra mata de mango desmochada? Ah! Si hay desasosiego en el pueblo, la culpa toda la tienen esos fatídicos árboles!!

Al aproximarnos a ellos noté que hablaban con recelo, con sigiloso respeto. Si, en aquel tronco desmochado de mango se esconde nada menos que.. el APARATO! Al filo de las diez de la noche sale de ahí, y se coloca en medio del camino; inútil, después de esa hora pretender penetrar en el pueblo: el Aparato lo impide, así como veta salir de él. A veces el Aparato va por delante; a veces sigue a las personas. El Aparato conmueve los vientos, los arremolina y los desata en tormenta sobre el bosque; el Aparato arruina cosechas, borra el rastro de la caza. Geniecillo del bosque, sombría divinidad noctívaga, es menester ahuyentarlo o tenerlo propicio. De ordinario se presenta en forma de enano negro, cuya sola vista ha dejado a muchos sin sentido; pero a veces se transfigura en un perro negro..

No cabe duda: se trata de una creencia popular hondamente enraizada en sus espíritus y cuyo origen se remonta seguramente a muchos siglos. En el Aparato creen igualmente las gentes de otras regiones de Venezuela, aunque con leves variantes. Recuerdo, por ejemplo, que allá, en Barlovento oí contar a una pobre mujer que el Aparato —ese enano negro, singular y caprichoso— lo "fabrica" una vieja bruja y lo lanza a trotar por esos mundos, poderoso aliado del hombre, cuando propicio; terrible pesadilla, cuando es enemigo..

Como ése.. ¡tantos otros!

Pueblo símbolo, lo he llamado: porque como éste hay tantos en Venezuela!

Mientras por las vistosas avenidas de la moderna Caracas, pulcramente asfaltadas, se deslizan lujosos automóviles último modelo; mientras en las incontables salas de cine se despliega fastuosa la fosforescente pantalla; mientras sumas enormes de dinero se despilfarran en la Capital y otras ciudades en lujo estéril, en apuestas, vicios y pasatiempos; allá, en el corazón de la selva, arrastran su miseria puñados de venezolanos.

Pueblo sin luz eléctrica, a la caída de la tarde: pueblo sumido en tinieblas, en el seno de la noche; pueblo sin más agua que la turbia del río; pueblo donde se trata la lepra con barro y hojas; pueblo hervidero de enfermedades; pueblo agobiado bajo el peso fatalista de un irracional conformismo; pueblo sin luces en el espíritu.. Y, sin embargo, son ellos venezolanos como nosotros.

Y como este pueblo ¡tantos en Venezuela!

Tierra adentro de Venezuela: tierra por conquistar espiritualmente, tierra por redimir de la asfixia lacerante.. Ojalá sople pronto sobre ella el tibio aliento de la comprensión, la ráfaga regeneradora del espíritu. Ella merece un trato mejor; un nivel de vida más digno y humano; urge solucionar la injusticia de su abandono.

Cuando nos alejamos, a la caída de la tarde, allá quedaron, sumidos en el corazón misterioso del la selva: vislumbrando seres que desfilan por el cementerio, temblando ante el Aparato, cantando a la cairmana y soportando el doliente fardo de sus miserias..

En buena parte, ¿no está todavía Venezuela por descubrir y conquistar espiritualmente?

Carlos Guillermo Plaza, S. I.